

El niño que quería ver a su ángel

Jacqueline Balcells





<https://cuentosinfantiles.top>

Todo niño tiene un ángel que se llama igual que él y que lo cuida mañana, tarde y noche. Son los ángeles de la guarda que no comen, ni duermen, ni descansan nunca. Pero ciertas noches de verano, cuando sus niños están durmiendo muy cansados y tranquilos, sus ángeles salen de puntillas de su pieza y salen a juntarse en el árbol más grande del vecindario. Y allí, reunidos a la luz de las estrellas como una bandada de pájaros nocturnos y transparentes, se cuentan unos a otros las maravillas, alegrías y desastres de sus niños. Como tienen el oído finísimo, cada ángel oye respirar a su ahijado aunque este duerma a cuatro cuadras de distancia; y si alguna pesadilla o algún dolor lo despierta, el ángel de la guarda vuelve a su lado en un suspiro.

Los ángeles adoran al niño o niña que Dios les confió, aunque sea feo o bonito, bueno, egoísta o mentiroso. Y aunque con su mirada de ángel nunca dejan de darse cuenta de las debilidades de su ahijado, siempre encuentran algo bueno, único y precioso que solo tiene su

niño y que comentan en sus juntas nocturnas sobre los árboles.

Así, una noche estrellada, uno de los treinta y tres ángeles de la guarda posados en la copa del árbol más alto del barrio, contó la historia del niño que quería ver a su ángel.

—Simón, mi ahijado —comenzó diciendo el ángel—, es un niño que no se parece a ningún otro niño. Cuando su mamá le enseñó por primera vez esa oración que nuestros ahijados nos rezan en la noche y que empieza “Ángel de mi guarda, dulce compañía...”, mi Simón la abrumó a preguntas:

—¿Dónde está mi ángel, mamá? ¿Por qué no lo veo? ¿Tiene alas como los pájaros o manos como nosotros? Y cuando yo corro, ¿vuela para seguirme? ¿Y cuando duermo, se pone a dormir también o solo me cuida?

—Sé que todos los niños hacen ese tipo de preguntas —siguió el ángel de Simón—, y sé que los padres contestan con respuestas vagas que al poco tiempo se olvidan. Pero mi ahijado no. Él siguió preguntando y preguntando a tal

punto, que su mamá, desesperada, acabó por prohibirle que mencionara mi nombre.

—No sé más... ¡Me vas a volver loca!

—¡Pero es que yo tengo que saber cómo es! — insistió Simón.

—Sé bueno y lo sabrás —respondió ella, para que la dejara tranquila.

—Si soy muy bueno, ¡¿podré verlo?!!! —gritó Simón.

Y su madre, sin pensar en las consecuencias, respondió:

—Sí, si eres muy bueno podrás verlo.

Desde ese día Simón cambió por completo. De egoísta que era, se puso generoso. Sus juguetes, que antes guardaba cuidadosamente y no se los prestaba a nadie, ahora estaban desparramados por toda la casa como si fueran de sus hermanos menores; de rabioso que era, se puso manso; en la casa no volvió a gritarle a nadie y de flojo que era se puso estudioso.

¿Pero creerán, hermanos ángeles, que yo no estaba contento con los cambios de Simón,

sino que me asustaban? Porque Simón se portaba así de bien, no porque quisiera de verdad ser bueno, sino porque calculaba que portándose bien yo me sentiría obligado a mostrarme.

—Ángel ¿viste cómo Juan me empujó a la salida del colegio y yo no le pegué? —me preguntaba en la noche antes de dormirse—. ¿No te parece que estoy más bueno? ¿Cuándo te voy a ver?

Luego se ponía a escudriñar todos los rincones de la pieza como si yo estuviera jugando a las escondidas. Y como no me veía, cada día se proponía ser aún más bueno y leer el libro latoso que le había recomendado la profesora y ayudar a su mamá a ordenar la casa.

Y pasó al fin lo que tenía que pasar. Sus compañeros se aburrían de él y le dijeron que era un tonto que no sabía defenderse; los profesores dejaron de interrogarlo cansados de que siempre supiera el doble que los otros; sus hermanos perdieron interés en sus juguetes. Simón se fue poniendo triste, perdió el apetito,

enflaqueció y finalmente cayó en cama, enfermo.

—Entonces, hermanos ángeles —siguió contando— mi compasión por mi pobre ahijado fue tan grande que decidí hacer lo que casi nunca hacemos: subir a conversar con nuestro jefe Gabriel. Y cuando llegó la noche y Simón se quedó dormido, salí de su pieza y crucé el cielo de los cóndores, crucé el cielo de las nubes más altas, crucé el cielo de la luna y de las estrellas, crucé la costa de chispas y llegué hasta la torre de rayos que ustedes conocen. Entré, subí por la escalera de los relámpagos y llegué ante el trono de don Gabriel.

—¿A qué has venido? —me preguntó, mirándome con los soles brillantes de sus ojos—. ¿Acaso tu ahijado ha dejado de vivir en la tierra y tu guardia llegó a su fin?

—¡No, no señor! Mi ahijado vive todavía, pero está muy mal. Es por eso que he venido a pedirte permiso para aparecerme ante él...

Don Gabriel se quedó mirándome, como si no entendiera lo que había venido a pedirle, pero había entendido muy bien, porque luego de un rato, que se me hizo eterno, me dijo:

—¡No, querido ángel! ¡Nada de apariciones! Lo siento mucho. Vas a tener que descubrir algún modo completamente natural de ayudarlo, para que nadie pueda ni siquiera sospechar que lo ayudaste.

Al oír esto, mi desaliento fue tan grande que hasta mis alas se opacaron. ¿Cómo iba a ayudar a un niño enfermo de ganas de verme si no me permitían aparecer ante él?

Me quedé ahí con la cabeza agachada y en silencio ante el trono de nuestro jefe, hasta que se compadeció de mí y me dijo:

—¡Ánimo, ángel! Tu ahijado Simón es un caso raro, pero han existido algunos aun más raros en la larga historia humana. ¿Por qué no vas a consultar a los ángeles de los muertos? Más de uno debe haber pasado lo mismo que tú.

No bien lo escuché, di media vuelta y partí. Había recobrado la esperanza, la luz y la fuerza de mis alas, y seguí camino hasta el monte radiante donde van a reunirse los ángeles cuando sus ahijados mueren. Y allí, entre más chispas y centellas, me encontré con millones de hermanos que reunidos igual que nosotros treinta y tres en este árbol, conversaban sobre las penas y alegrías con los ahijados que les tocó cuidar durante su vida en la Tierra. Allí escuché a los ángeles de San Francisco y Santa Teresa aconsejando a los ángeles de Judas y de Pilatos cómo preparar su defensa ante Dios; vi también al ángel de Napoleón conversando con el ángel de doña Victorita, la dueña del kiosko de esta plaza que acaba de morir; al ángel de Beethoven con el de John Lennon y al de Picasso con el de Gabriela Mistral. Pero como a mí me faltaba la pluma de oro que llevan los ángeles de los muertos, en un momento la infinita multitud reunida allí en la punta de luz hizo silencio y se quedó mirándome amablemente. Entonces, en pocas palabras, me apresuré en exponer el drama de

mi Simón y pedí la ayuda de alguno que hubiera tenido un ahijado semejante.

Los millones de ángeles se miraron; luego diez mil dieron un paso adelante; después cien avanzaron otro poco; finalmente diez quedaron frente a mí y se miraron; y el último paso hacia donde yo estaba lo dio un solo ángel. Era alto y calvo, de ojos penetrantes, una enorme barba blanca y unas alas con un toque de rojo italiano en sus plumas.

—Mi ahijado —comenzó— vivió en la tierra hace unos cinco siglos y sus ansias por verme eran muy parecidas a las del tuyo. Y creyendo equivocadamente que le bastaba con ser más bueno para poderme ver, no solo se dejaba maltratar por sus pequeños amigos, sino que hacía sacrificios como caminar a pie pelado por un campo de ortigas hasta que se llenaba de heridas o sobre la nieve hasta que se ponía azul de frío. Y noche tras noche me preguntaba: “¿No soy bueno, acaso? ¿Cuándo te veré? ¡Quiero verte, quiero verte!” Entonces yo, desesperado igual que tú, pedí permiso a don

Gabriel para mostrarme. Pero también me lo negó. Volví a la tierra, desilusionado, pero no vencido. Y pensé y pensé con verdadera furia hasta que encontré una manera. Y un día, después de un fuerte temporal, cuando mi niño estaba solo en el patio de muros de adobe de su casa, me puse a soplar la gran pared que estaba empapada por la lluvia. Donde yo soplabo, el barro de la superficie se secaba y aparecía una mancha más clara. Y soplando por aquí y por allá, fui dejando solamente algunas partes húmedas, las que vistas desde el lugar donde estaba sentado mi ahijado formaron una silueta de un hombre con dos inmensas alas oscuras. Luego di un brinco hasta el cielo, soplé las nubes, se abrió un claro azul y los rayos del sol cayeron e iluminaron la figura del muro. Mi ahijado levantó la vista, abrió desmesuradamente los ojos y comenzó a gritar: “¡El ángel, el ángel!” Toda la familia salió al patio, alarmada por sus gritos, pero ya las manchas húmedas del muro se iban evaporando y nadie alcanzó a distinguir la figura alada. Sus padres los atribuyeron a la

imaginación, los hermanos se burlaron y los primos le dijeron que era un loco. Pero ese fue su remedio, porque sin importarle lo que le decían, desde ese día se dedicó con increíble perseverancia a pintar el muro trasero del patio para rehacer el ángel que ciertamente había visto. Nunca más me interrogó ni trató de hacerme aparecer con sacrificios, pero con sus óleos y pinceles me hizo aparecer muchas veces a lo largo de su vida. ¡Fue un gran artista mi ahijado Leonardo da Vinci!

Esa fue la historia que me contó Leonardo, el ángel calvo con alas de aire italiano. Y apenas terminó su relato, una idea brilló en mi cabeza. Me despedí con tres besos que sonaron a música y partí volando monte abajo. Crucé otra vez la costa de chispas, descendí entre estrellas y atravesé las nubes hasta llegar junto al rostro flaco y pálido de mi ahijado dormido. Y por primera vez en mucho tiempo sonreí junto a él: ¡al fin tenía un remedio!

Los treinta y dos ángeles que lo escuchaban posados en el árbol ni se movían, tan atentos

estaban al relato. Entonces el ángel de la guarda de Simón, igual que si fuera un mago, hizo aparecer entre sus alas un enorme cuaderno que se elevó agitando sus hojas por el aire, hasta quedar posado en la punta del árbol.

—Este cuaderno, que les mostraré, lleva un importante título —dijo entre tímido y orgulloso— y en él podrán apreciar el final de mi historia.

Los ángeles se miraron entre sí, un poco perplejos. —Pero... ¿tu niño se mejoró? —preguntó uno.

—¿Ya no te pide verte? —siguió otro.

—¿Soplaste un muro húmedo, como Leonardo?

—Les voy a contar lo que sucedió: mi niño estaba enfermo en cama, y en el lugar no había muros de barro ni lluvia, como en el caso de Leonardo. ¡No se me ocurría qué hacer! Hasta que una mañana, al ver la bandeja blanca en que la mamá de Simón traía el desayuno, se

me ocurrió que la bandeja podía hacer de muro y la leche con chocolate de lluvia. Esperé que la mamá saliera de la pieza y cuando mi niño, después de haberse comido una tostada con miel se llevó el tazón a los labios para beber el primer sorbo, rocé su nariz con un aire del grosor de una pelusa. Instantáneamente, Simón estornudó y un chorro del líquido se derramó sobre la bandeja blanca. Entonces yo, más rápido que el rayo, fui soplando de aquí para allá hasta que la leche fue formando una figura con alas color chocolate. Mi ahijado miró la bandeja, abrió mucho los ojos y un poco la boca, se puso más pálido de lo que ya estaba y gritó con todas sus fuerzas: “¡Mamáaa: mi ángel, este es mi ángel!” Pero en su excitación dobló una pierna, la bandeja se movió y el líquido corrió hasta el borde. Cuando su mamá y hermanos, asustados por los gritos, llegaron a la pieza, del ángel no quedaba más que una sombra oscura sobre el cubrecamas. Demás está decirles que sus hermanos se rieron de él y la mamá lo retó por haber derramado la leche y además gritar

como un loco, asustándola. Pero cuando al día siguiente lo sorprendió dibujando en la bandeja con el dedo untado en el tazón del desayuno, en vez de retarlo fue y le compró un cuaderno y lápices. Fue así cómo mi ahijado comenzó a pintar y el ánimo volvió a su vida.

Los treinta y dos ángeles sonrieron: la historia los había llenado de alegría, aunque luego de un rato uno preguntó:

—Pero... ¿cómo puedes estar seguro de que sanó? ¿Cómo sabes que no te va a volver a pedir que te aparezcas?

—Estoy seguro de que sanó: se lo pasa feliz dibujando y en las noches ya no me pregunta si es bueno, solo le interesa saber si es buen pintor. Miren esto...

Y volvió a abrir el cuaderno de Simón. Pasó rápidamente unas hojas con borrones color chocolate y otras con unas figuras torcidas, hasta llegar a una página donde había un dibujo casi perfecto.

—¡Ohhhh! —exclamaron todos en un coro de voces puras—. ¡¡¡Qué maravillaaa!!!

—¡Es precioso! —De verdad, tu ahijado sanó...

—¡Sí! —dijo el ángel de Simón, enrojeciendo hasta sus alas de puro contento.

Bajo el título *Mi ángel de la huarda*, había dibujado, tan bien que parecía vivo, un colorido pájaro, parecido a un queltehue, con las alas desplegadas.

FIN



<https://cuentosinfantiles.top>